

## HUMANISTAS ANDALUCES EN AMERICA EN EL SIGLO XVI

---

Trinidad Barrera  
Universidad de Sevilla

---

**E**l paso de andaluces a América fue práctica habitual desde el descubrimiento colombino. Sevilla fue punto de encuentro para los viajeros de Indias; la Casa de Contratación juega un papel importante así como el puerto de Sanlúcar, en Cádiz, como lugar de partida de las naves. El riquísimo venero del Archivo de Indias contiene toda una precisa y preciosa información al respecto. Debemos a un jerezano ilustre, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, uno de los relatos más jugosos del paso por las tierras del sur de los Estados Unidos y norte de México. Sus *Naufragios*, 1542, es una relación de servicio a la corona donde se mezclan elementos autobiográficos, antropológicos, geográficos, literarios, en la más pura línea de la novela bizantina: encuentros y desencuentros, penalidades físicas, tormentas marítimas y terrestres, y de la picaresca: paso de amo en amo, estrategias de supervivencia, servidumbres curiosas, etc, etc. En su prosa no escatima el recuerdo de su tierra andaluza y las comparaciones, continuas a lo largo del relato, son siempre con su mundo conocido, ya sea el río Guadalquivir o la tierra de Gélvez.

Con el avance del siglo XVI, la conquista da paso a la colonización a medida que se asientan los territorios. Los dos grandes virreinos, Nueva España y Perú, se convierten en lugar apetecido para probar fortuna. La sociedad letrada va cobrando fuerza y pujanza al tiempo que van llegando a aquellas tierras algunos ilustres escritores y humanistas peninsulares, algunos de primera fila pero también otros que no han conseguido hacerse con un puesto destacado en el Parnaso español y que intentan medrar en América. Consta documentalmente que Cervantes proyectó marcharse a América antes de escribir el *Quijote* y que finalmente no obtuvo los permisos necesarios y descartó la idea.

En la primera mitad del siglo XVI predominaban aún en España lazos arcaizantes y medievales que iban disminuyendo poco a poco a medida que avanzaba el primer Renacimiento. El proceso es un poco más lento en América pero no por ello menos visible hacia la segunda mitad del siglo. El paisaje cultural e intelectual se hace más complejo. Si, por un lado, Erasmo encarnaba la aspiración a un saber sin las trabas de una autoridad indiscutible y defendía un saludable relativismo (ni la razón ni la fe garantizaban el alcance necesario para desentrañar los significados de la realidad), por otro, la Iglesia acrecentaba continuamente su poder

político y espiritual (precisamente por sus éxitos en América) y trataba de imponerlo sobre toda manifestación estética o de pensamiento. Ya en 1540, Juan Luis Vives, amigo y seguidor de Erasmo, había sido quemado en la hoguera de la Inquisición por sus críticas a la escolástica. El espíritu de la Contrarreforma, defensivo y celoso, creó una rígida ortodoxia que intimidó las mentes y favoreció el oscurantismo. La sociedad colonial se iba progresivamente refinando, creciendo en prosperidad e interesándose en ejercer el mecenazgo de las artes: el prestigio personal asociado al ejercicio literario era una tentación creciente.

La poesía italianizante, la épica guerrera o cortesana, la prosa doctrinal y erudita, van encontrando más cultores y más público. Aunque persiste la crónica, lo más significativo es el surgimiento de la épica y la lírica culta, con las que se asienta la tradición literaria occidental que dominaría en los siglos venideros. Sin pretender ser exhaustiva en la cita de andaluces destacados por su acción americana, algunos nombres merecen ser traídos a colación.

Quizás sea conveniente empezar con el dominico sevillano, Bartolomé de las Casas, personaje polémico, curioso caso de conversión a la causa del indio y defensor a ultranza de los indígenas contra la explotación y vejamiento a que eran sometidos. Es precisamente esta tarea, en la que luchó y batalló encarnizadamente hasta el fin de sus días, lo que le coloca merecidamente entre los primeros humanistas de su tiempo: los que tuvieron una clara conciencia de la devastación etnológica y cultural que la conquista iba produciendo. En Sevilla, en 1552, publica su famosa *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, y aunque esta obrita se considera uno de los pilares fundamentales de la "leyenda negra" sobre España, gracias a ella y a la incansable labor del dominico sevillano pudieron paliarse muchos abusos y, a su iniciativa, la Corona promulgó las "Nuevas Leyes", conjunto de provisiones, normas y reglamentos que tendían a mejorar considerablemente la situación de los indios. Las Casas cultivó una especie de humanismo utópico que ofrece semejanzas con las ideas de Tomás Moro, cuya *Utopía* apareció en latín en 1516.

En territorio peruano hay que citar a otro cronista muy vinculado a Sevilla, Pedro Cieza de León, nacido en Llerena (Badajoz), aproximadamente en 1518. Su familia se traslada a Sevilla cuando el tenía corta edad y muere finalmente en esta ciudad, antes de cumplir cuarenta años. Cuando Cieza llega a tierras peruanas, muy joven, el virreinato vivía los tiempos más agitados de las guerras civiles. Sus cualidades de orden y ecuanimidad, igual que su don de observación como viajero e investigador de las realidades del territorio incaico se advierten en su *Crónica del Perú*, siendo el primero en escribir una crónica integral sobre este virreinato. La primera parte de su obra aparece en Sevilla en 1553, y se muestra como un conocedor profundo de la geografía peruana, de sus aspectos etnográficos, su historia antigua y los sucesos de la conquista.

Teniendo en cuenta su época, admira su voluntad de objetividad y juicio sereno sobre los indios y los españoles. Sin poder llamársele un defensor del indígena como Las Casas, Cieza deja establecida su profunda comprensión de la cultura quechua y su adhesión humanista por ella, al tiempo que incorpora la historia oral incaica.

Menos claro como cronista es el caso del malagueño Miguel Cabello Valboa, autor de la *Miscelánea Antártica*, de quien se conocen pocos datos seguros. Nació en Málaga entre 1530-35, y se fija su muerte hacia 1608. Llegó a las Indias en 1566 y vivió en diversas ciudades, entre ellas Bogotá, Quito y Lima. En el Perú, donde estuvo asociado a la Academia Antártica de la que hablaremos más adelante, permaneció 25 años y terminó de redactar su obra. Considerar la *Miscelánea* una crónica quizás sea forzado. Su interés está más del lado de la especulación, de la digresión amena, de la recopilación de datos curiosos y leyendas fabulosas. Una de sus obsesiones era establecer el origen del hombre americano, tratando de conciliar las evidencias antropológicas y naturales con las Sagradas Escrituras, lo que le lleva a elaborar las más peregrinas tesis sobre las tribus de Israel, el rey Salomón y el reino de Ofir. Leer sus razonamientos, sus teorías sobre el origen de los volcanes o sus versiones de leyendas indígenas es entrar en un mundo de pura fantasía, mucho más cerca de la literatura que de la historia.

Mientras el interés por el recuento de la gesta conquistadora seguía manteniéndose alto, otros afanes empezaban a florecer entre las jóvenes letras coloniales. La vida, pacífica en buena medida y organizada, genera una sociedad que si por un lado quería ser reflejo de la metrópoli, por otro era distinta por razones de clima físico y espiritual. Las capitales virreinales eran grandes focos de irradiación cultural donde cualquier acontecimiento, religioso o político, daba lugar a festividades y manifestaciones literarias, ya fueran representaciones teatrales o certámenes poéticos que celebraban desde una festividad religiosa como el Corpus, al nacimiento del hijo de un virrey, por poner dos ejemplos distintos. La palabra cumplía una visible función pública: la de reafirmar el poder colonial y los valores en los que se apoyaba. Surgen así la prosa cortesana, la lírica culta, la épica, pero también la vertiente satírica y festiva de los que asumían la perspectiva burlona o escéptica del pueblo o los descontentos que veían con escepticismo y desdén toda esa retórica oficial.

En esta línea voy a referirme a un humanista destacado, Francisco Cervantes de Salazar. No era andaluz (nació en Toledo), pero fue Catedrático de Retórica (gramática latina) en la Universidad de Osuna (Sevilla), antes de su partida a América. Aquí, en esta Universidad, dejó su magisterio uno de los humanistas erasmistas más importantes de los que visitaron el Nuevo Mundo. Había estudiado humanidades y derecho canónico en Salamanca, España. Admiraba la prosa del erudito pensador del Renacimiento, amigo de Erasmo, Juan Luis Vives, y había comentado

sus conceptos sobre la educación. En 1546 dedicó a Cortés un diálogo sobre la dignidad del hombre y fue el mismo Cortés el que le animó a ir a México donde llegó a ser de nuevo catedrático de retórica en la universidad mexicana. Con objeto de dar a los estudiantes mexicanos un texto de buena construcción latina, Cervantes de Salazar siguió los pasos de su maestro Vives y utilizó el "diálogo" para describir la capital mexicana en 1554. Con el nombre de *Diálogos latinos*, nos ha legado tres piezas maestras para el conocimiento de la capital virreinal a mediados del siglo XVI. En sus obras mexicanas parte de una tendencia inicial a observar como humanista y termina reflejando actitudes de Contrarreforma y un punto de vista totalmente imperial.

Junto a él citaremos al granadino Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de la Nueva Granada, en honor a su lugar de origen, cuya capital llamó Santa Fe. Fue uno de los conquistadores más cultos de América, soldado y humanista, espíritu cultivado en las antiguas tradiciones poéticas españolas. Polemizó como poeta y como crítico, defendiendo el octosílabo contra el endecasílabo italianizante. Su obra poética se ha perdido, pero podemos juzgarlo como prosista a través de una densa refutación histórica en defensa de España, *El Antijovio*, manuscrito del siglo XVI publicado en Bogotá en este siglo y donde discute las enconadas tesis antihispánicas del historiador italiano Paulo Jovio.

Si los últimos citados son representantes de la prosa cortesana en México y la Nueva Granada, la lírica culta comienza a desarrollarse al mismo tiempo, dominada por el influjo italianizante del Renacimiento. Los poetas crecían por todos lados, el mexicano González de Eslava decía que en México había más poetas que estiércol. Ocurre que en este siglo se implanta en América una institución que favorece el desarrollo de la lírica, la Academia poética, siendo famosa la Academia Antártica de Lima. Con ellas se establecían escuelas y se orientaban los gustos; siendo un esfuerzo de las sociedades ilustradas criollas, contó con el apoyo entusiasta de los ingenios peninsulares que celebraban a sus colegas americanos.

Aunque su origen remoto se encuentra en la "escuela de filosofía griega", su significado viene dado por el Renacimiento, en el sentido de "asociación de literatos formada para el cultivo y adelantamiento de las ciencias". La Academia moderna tiene su origen en Italia, siglo XVI; a imitación empiezan a fundarse en España centros similares. Llegaron a ser tan populares que apenas hubo palacio o casa de nobles donde no se reuniesen amigos atraídos por las musas. Dichas instituciones tenían sus cargos y estaban formadas por poetas, aristócratas y gente de relevancia social. La Academia Antártica de Lima estaba integrada principalmente por personas de origen andaluz: Cabello de Valboa y Diego de Aguilar, malagueños, Diego de Ojeda, Diego Dávalos y Figueroa y Diego Mexía, sevillanos, entre otros. No se olvide que Sevilla, punto de partida para América, contaba con tertulias literarias renombradas, la de D. Fernando

Colón, la de Hernán Cortés, la escuela de gramática de Mal Lara, la casa de los duques de Alcalá, de Arguijo, etc. La de Perú bien pudo inspirarse en estos modelos. Se sabe que ya funcionaba en 1596 y continuaba en activo en 1608. Coincide en el tiempo con la tertulia mantenida en Tunja por otro sevillano Juan de Castellanos, natural de Alanís. La institución académica siguió persistiendo en América hasta bien entrado el siglo XVIII, siendo famosas las academias palaciegas peruanas de D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, la del príncipe de Esquilache y la del marqués de Castell dos Rius, a principios del siglo XVIII. Conviene recordar también los homenajes y préstamos americanos que los miembros y adherentes a estas cortes poéticas merecieron de sus colegas peninsulares y que aparecen en las obras de Cervantes, Lope de Vega y Tirso de Molina; el "Canto de Calíope" en *La Galatea* (1584) o el *Viaje del Parnaso* (1614) de Cervantes, así como el "Laurel de Apolo" (1630) de Lope contienen el aliento de los peninsulares a sus colegas de allende el mar.

Si a la fundación de academias se une la tremenda aceptación de los certámenes literarios, a lo largo de los siglos XVI y XVII, se entenderá, entre otras razones, que poetas peninsulares y sevillanos como Gutierre de Cetina y Juan de la Cueva vivieran en México durante algún tiempo y animaran el ambiente literario. Juan de la Cueva debió llegar a México alrededor de 1574 y allí escribió su "Epístola al Lic. Laureano Sánchez de Obregón" donde le relata la impresión que le causó la ciudad de las lagunas, reparando en su emplazamiento y comparándola con Venecia. Su sorpresa por los frutos, comidas y población nativa hacen de esta pieza uno de los casos más destacados de asimilación de la realidad mestiza y criolla.

En Perú merece destacar la labor de dos poetas seguidores de Petrarca, el sevillano Diego Mexía de Fernangil y el ecijano Diego Dávalos y Figueroa, ambos miembros de la Academia Antártica. Éste había nacido en Ecija hacia 1550; de noble cuna y temperamento galante, abandonó su patria, al parecer tras un lance de honor, y llegó en 1574, tras azarosa navegación a Lima. En el coloquio XL de su obra, la *Miscelánea Austral* (Lima, 1602), cuenta que fue una reñida contienda lo que le trajo serios disgustos, pesé a no estar directamente implicado. El episodio sirve para analizar las razones por las que algunos caballeros españoles iban a las Indias. Unos, por ser segundones y por tanto carentes de herencia, y otros por la comodidad que estas tierras ofrecían para tratos y ocupaciones que en España no se permitían a ningún hidalgo; y dice: "además de ser este reino de más amplia libertad para los caballeros pobres que España, pues no les obliga a tratamiento tan en su punto, ni tienen ocasión de ofenderse y lamentarse, con ver en su tierra en mejor hábito al que conocidamente es menos que ellos, porque el de acá es igual en todos". En el coloquio XLI alude a la "herida que una fiera ingratitud hizo en mi

corazón" pero no aclara nada más.

En su tierra ya había aprendido en las fuentes italianas, varias de las cuales tradujo. Numerosos versos y coloquios amorosos de su propia cosecha se leen en la *Miscelánea Austral*, de la que puede considerarse parte importante la llamada *Defensa de damas*, poema en octavas reales que subraya el artificioso feminismo que se respira en todo el conjunto. Ya fuera en Perú o en Bolivia donde estuvo (allí fue soldado y minero), Dávalos nunca dejó de sentirse exiliado. La prosa de la *Miscelánea* acumula a cada paso las comparaciones con la patria perdida que le reclamó su nostalgia. Sobre Andalucía en general y sobre Ecija en particular tratan los coloquios XXXVII, XXXVIII, XXXIX y XL. En el primero, y a pesar de las circunstancias por la que se vio obligado a dejar su tierra, no escatima los elogios: "Y al fin, si la grandeza de España llega al grado que habemos visto, y el Andalucía es lo mejor de ella (como todos los escritores afirman) bien se puede decir que es la nata y la yema de todo el mundo y no os parezca que falta en ella cosa alguna de las que en lo demás de España se hallan: y si no dije haber en su comarca piedras preciosas, no es porque falten, pues bien cerca de donde nació se halla en dos pueblos del ducado de Osuna y la Puebla grande suma de Jacintos, Granates, Agatas y cornerinas". Aprecia sus bellísimos mármoles e incluso asocia algunas características de Ecija con los nombres que ha recibido:

También hay tradición de que esta ciudad tuvo por nombre Soldina Augusta, y otros dicen Gran Soldina, de lo cual no hallo autor que lo califique, si no hace a esto alguna fuerza tener como tiene por armas el sol, al cual está tan sujeta que es la más caliente habitación que en toda España se conoce, de lo cual resulta su notable fertilidad mediante la mucha agua que a sus cercanas tierras ofrece el caudaloso y fresco Xenil, pues de más de la abundancia conque en ella coge aceite, vino y trigo, hay otras muchas legumbres, que sólo en ella se hallan, siendo la principal el algodón, trato de interés y consideración. Y basta para dar fin a esto que con ser hoy una ciudad de más de nueve mil vecinos, y no ser su término mucho, no sólo tiene lo que ha menester para sí, pero aún para dar a otras ciudades en abundancia sus frutos de donde le viene el nombre y epíteto de viuda rica, porque no tienen aldea ni lugar que le acuda, sin lo cual es tan abundante como hemos dicho. También la llaman madre de forasteros, por lo mucho que los acaricia, acoge y regala.

Cualquier información que queramos obtener sobre Andalucía y Ecija nos remite a los coloquios XXXVII — "Riqueza de España y deste reino. Grandezas de la ciudad de Ecija"—, XXXVIII y XXXIX — "También sobre Ecija: el río Genil y la estimación en que siempre han estado los soldados ecijanos y la gente de Ecija"— y XL-XLIII — "ocasión que el Autor tuvo para venir a este Reino".

Su formación de hombre del Renacimiento florece a cada instante en

su obra; los ecos de los diálogos platónicos, *El Cortesano* de Castiglioni o los *Diálogos de amor* de León Hebreo son evidentes. En el libro de Castiglioni no sólo se habla de las virtudes y cualidades del cortesano ideal, sino de las cualidades de la mujer, de los príncipes, del amor, de la belleza ideal. Castiglioni exige que la mujer desarrolle una serie de actividades sociales y que posea virtudes básicas para la convivencia cortesana: debe ser culta, entender de materias artísticas, mantener una conversación, etc., básicamente las virtudes que Dávalos concede a Cilena, la protagonista femenina de sus coloquios.

La forma dialogada o coloquio, empleada en la *Miscelánea*, era muy común en la época. En suma, este curioso libro, que hace honor a su título y que tiene un buen antecedente en la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, le permitió a nuestro culto ecijano pergeñar una especie de tratado filosófico sobre el amor y las cualidades de los amantes en mezcla con ciertos consejos útiles para curarse del veneno de la picadura de víbora o liberarse del mal olor de la Anatoya o zorrilla.

Diego Mexía de Fernangil comparte con Dávalos su formación humanista, el petrarquismo italiano fue práctica habitual en ambos. Nacido en Sevilla, en fecha incierta pero alrededor de mediados del XVI, marchó a las Indias el 6 de marzo de 1582, según consta en la documentación del Archivo de Indias. Allí redactaría su obra *Primera Parte del Parnaso Antártico* y la publicaría en Sevilla en 1608. En el prólogo de esta obra incluye datos muy valiosos sobre su vida en América. Por su boca sabremos que en 1596 viajó de Perú a México, por curiosidad de viajero. En la mejor tradición de las relaciones de Indias marcadas por el desastre, se mueve el relato de su viaje. Dificultades marítimas, naufragios, tormentas, calamidades por mar y por tierra: aguas, lodos, pantanos, ríos peligrosos, pueblos mal proveídos, peste, etc., todo ello adobado por el cansancio físico de un viaje en mula desde Acaxú a México capital. Para entretener su tiempo inició la traducción de las *Heroidas* de Ovidio durante el viaje y según relata, tradujo 14 de 21; se supone que el resto las tradujo durante su estancia en la capital que se prolongó más de un año.

Son curiosos los comentarios que hace sobre el ambiente intelectual mexicano de fines de siglo que pinta más preocupado por hacer dinero que por tratar del verdadero metrificar hasta el punto de que "el que más docto viene se vuelve más perulero". El siglo XVI que describe aparece marcado por el interés y ganancia: "Pues para leer y meditar ¿cómo habrá tiempo si para descansar no alcanza?" La comparación con España no se hace esperar y con ello su añoranza de una vida más acorde con las inquietudes del espíritu, situación que aprovecha para elogiarse: "mil veces dignos de ser alabados los que a cualquier género de virtud se aplican en las Indias, pues demás de no haber premio para ella, rompen con tantos montes de dificultades para conseguirla", y llega a comparar su situación con la de Ovidio en el Ponto.

Aunque las excelencias de las letras y su abandono son lugares comunes en los prólogos de los siglos de oro español, es cierto también que Mexía se siente exilado en las márgenes de la civilización y deseaba su reincorporación al centro originario de cultura, España. La prueba es que su libro lo manda a España para publicarlo, aun a sabiendas de la temeridad que implicaba (pérdida, robo, etc.). La *Primera Parte del Parnaso* es un homenaje a Ovidio. Su cuerpo principal es la traducción de las *Heroidas* y el *In Ibis*, desgarrada autodefensa de la injusta situación de expatriado. La elección de las epístolas ovidianas marca su orientación renacentista, pero además en el interior del libro se contiene una de las escasas poéticas de los Siglos de Oro, el "Discurso en loor de la poesía", de una poetisa anónima peruana, enamorada del sevillano y que suministra una amplia información de la Academia Antártica así como de sus componentes, muchos de ellos andaluces. Un caso más, como el de Dávalos, de la semilla sembrada por humanistas andaluces en las tierras americanas.

Por último voy a referirme a otros dos andaluces, Juan de Castellanos (1522-1607), natural de Alanís, autor de una obra titánica, la *Elegía de varones ilustres de Indias*, obra en la que tardó más de cincuenta años y en la que pretendió dar una versión completa, en verso, de la conquista y acontecimientos de las regiones en que vivió (capitanía de Venezuela y virreinato de Nueva Granada, donde pasó unos 66 años). Su obra es más americana que española y más próxima al tono moral de la épica medieval que al auge renacentista. Sólo la primera parte se imprimió en vida del autor, 1589. Por último, otro sevillano ilustre, el P. Juan de Ojeda, que vivió en Perú desde los veinte años y es autor de uno de los mejores poemas épicos religiosos, *La Cristiada* (Sevilla, 1611), que sigue los modelos renacentistas de la *Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso y el *Christias* de Girolamo Vida. Quedaría fuera de este catálogo el más grande cronista del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), hijo de una princesa inca y un capitán español que, aunque nacido en el Cuzco, aquí, en tierras andaluzas, entre Sevilla, Montilla y Córdoba, transcurre su vida a partir de los veinte años en que abandona su tierra natal y aquí escribiría toda una magna obra que rezuma el espíritu renacentista y que va desde la fina traducción de los *Diálogos de amor* de León Hebreo a su análisis de la conquista del Perú, y de sus antepasados incas en los *Comentarios reales* y la *Historia general del Perú*. Ahora tenemos el caso inverso al que hemos ido viendo, no sólo de Andalucía parte una intelectualidad que deja sus frutos literarios en América, sino que de América vienen criollos dispuestos a dejar aquí una obra digna de ser recordada. Andalucía comienza a recoger sus frutos.

## Obras consultadas

- Barrera, Trinidad. "Introducción" a *Primera Parte del Parnaso Antártico* de Diego Mexía. Roma: Bulzoni, 1990.
- \_\_\_\_\_. "Introducción" a *Nafragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Madrid: Alianza, 1985.
- Colombí-Monguió, Alicia de. *Petrarquismo peruano: Diego Dávalos y Figueroa y la poesía de la 'Miscelánea Austral'*. London: Tamesis, 1985.
- Mora Valcárcel, Carmen de. "Un 'raro' del siglo XVII: la *Miscelánea Austral* de Diego Dávalos y Figueroa". *Andalucía y América en el siglo XVII*. Sevilla, 1985. 2:231-50.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana 1. De los orígenes a la Emancipación*. Madrid: Alianza, 1995.

